

# El legado filosófico y científico del siglo XX

Manuel Garrido, Luis M. Varela, Luis Arenas (Coord.)

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 12/01/2006

*Parece como si en el pasado siglo XX los seres humanos hubiéramos querido una vez más escalar los cielos, construyendo una alta torre para desafiar a Dios y abarcar su obra. Y de nuevo el resultado ha sido la confusión de las lenguas y la fragmentación de los saberes. El libro que nos ocupa es un valiente intento de poner orden entre los escombros de tal desajustado.*

El siglo XX, etiquetado por algunos como el “de la ciencia”, ha sido sobre todo el de una nueva Babel, una era en la que el considerable progreso colectivo en el conocimiento se ha conseguido al precio de una inevitable babelización creciente de ideas, métodos y lenguas, lo que ha acabado poniendo fuera del alcance del individuo ese bien común y dificultando el posible sinergismo entre los fragmentados esfuerzos. Esta circunstancia supone una enorme brecha cuya sutura es tan urgente como difícil de realizar, en especial porque todo parece indicar que, en el siglo que ahora iniciamos, la situación se irá haciendo progresivamente más grave. De aquí la necesidad de que las iniciativas integradoras deban ser cada vez más frecuentes e incisivas. La de resumir el legado filosófico y científico del siglo XX es una de estas iniciativas y como tal responde a una necesidad bien establecida.

La necesidad, la dificultad y la escasez de este tipo de textos los hace siempre merecedores del estímulo del aplauso, ya antes de recibir la atención de una crítica detallada. La crítica desempeña en estos casos un papel esencial porque los esfuerzos se quedan siempre cortos respecto a un objetivo inalcanzable en la práctica; sólo a través de ella podremos acercarnos más, en esfuerzos sucesivos, al escurridizo objetivo. Esta crítica también está condenada a quedarse corta, ya que, dada la voluntad totalizadora de estas obras, cualquier crítico individual será incapaz de abarcar el ámbito delimitado por el conjunto de temas y autores y, al no tener pleno acceso a éste, se verá obligado a ejercer su función desde el punto de vista de los lectores más o menos cultos, más o menos especializados.

Del millar de apretadas páginas que componen el libro, setecientas se dedican al legado filosófico, menos de dos centenares a las ciencias formales, naturales y sociales, unas sesenta a la filosofía y la ciencia en nuestro país y unas cuarenta al pensamiento filosófico oriental, una distribución que no merecería la pena mencionar si no hablara por sí sola respecto al enfoque que se ha dado al presente empeño.

Se dedica la primera parte a lo que en el capítulo de introducción se denomina con acierto “el canto de cisne de la gran filosofía europea” en la primera mitad del siglo XX, cuyas grandes líneas genealógicas, ordenadas en tres oleadas o *flashes* (1901-1917, 1918-1929, 1930-1945) se organizan de la siguiente forma: fenomenología-existencialismo; pensamiento analítico-neopositivismo-lógica; historicismo-vitalismo- filosofía de la vida y de la historia; pragmatismo; ontología; marxismo y anarquismo; pensamiento moral y político. Medio siglo de pensamiento (encarnado en medio centenar de pensadores) que todavía responde a la definición de filosofía que los de mi generación aprendimos en el bachillerato. La segunda parte se subdivide en dos tramos: el dedicado a “las tres filosofías”, la anglosajona, la marxista y la continental europea (una clasificación en la que no está claro el criterio que la rige), y el dedicado al postmodernismo, que significativamente ocupa un cuarto del libro. En términos generales, el objetivo de resumir el legado filosófico del pasado siglo queda bien servido en las dos partes aludidas, aunque se echa de menos un mayor esfuerzo, por parte de la mayoría de los coautores, en acercar el lenguaje especializado al de la mayoría de los lectores potencialmente interesados en la obra. En este sentido, no hubiera estado de más un glosario. A pesar de que no cabe aquí entrar en detalles, resulta imposible pasar por alto la forma autocomplaciente y nada autocrítica con que se nos presenta el postmodernismo, como “activa defensa (entre el nihilismo y lo lúdico) de la fragmentación y la pluralidad”, una descripción que no es otra cosa que la de una renuncia expresa a los nobles objetivos tradicionales del pensamiento filosófico, a su misma justificación.

El pensamiento filosófico es una vía hacia el conocimiento no contrastable cuya única validación puede venir del reconocimiento entre los pares del pensador y del grado de convicción que transmite a los que intenten acceder a su obra. No es que “el ámbito de las ciencias haya sido en cambio más refractario a la entrada en él de la atmósfera postmoderna, como se probó en el caso del profesor de física Alan Sokal, que envió una parodia de ensayo científico postmoderno□”, es que el ámbito de las ciencias ha sido por completo refractario a los dislates postmodernos. El caso Sokal no es más que un botón de muestra (mucho más significativo de lo que en esta obra se da entender) del rechazo frontal de la versión que el postmodernismo ofrece de la ciencia natural, así como de la irrisión que causa entre los científicos el uso “nihilista y lúdico”, deliberadamente confuso y fraudulento que han hecho los filósofos postmodernos, de Jacques Derrida a Lacan, de los conceptos y términos de las ciencias de la naturaleza.

En la tercera parte del libro se dedican tres capítulos a las ciencias formales, tres a la física, dos a la biología y tres a las ciencias sociales. Esta parte brilla por el esfuerzo de hacerse entender que han hecho la mayoría de sus autores, especialmente los de los capítulos de física, que les toca lidiar con una misión imposible, pero también brilla por sus gruesas ausencias. En el siglo XX se ha pisado la Luna, se ha visitado Marte con poderosos instrumentos y se ha partido hacia Saturno; se ha liberado la energía nuclear, para bien y para mal; y se han desentrañado los procesos energéticos de la célula y los secretos moleculares de la herencia genética, por citar sólo algunos ejemplos de componentes de su legado científico que inciden sobre las famosas grandes preguntas (de dónde venimos, quiénes somos, adónde vamos) y que están ausentes del texto o tratados marginalmente. La elucidación de la clave genética y de la expresión y transmisión de la información genética, así como la secuenciación de los genomas de varias decenas de organismos (además del humano), han incidido no sólo en el pensamiento evolutivo sino también en la propia concepción filosófica de nuestra especie. Sin embargo, estas joyas del legado no figuran apropiadamente ni en el capítulo dedicado a “los caminos profundos de la biología”, bien escrito, pero parcial e innecesariamente oscuro, ni en el dedicado al “proyecto del Genoma Humano”, en el que se notan las limitaciones del conocimiento biológico de su autor. No está justificada en mi opinión la parte dedicada a la filosofía y la ciencia españolas, ya que, en un texto como éste, nuestras exiguas contribuciones deberían insertarse en el cuadro general o, en caso contrario, omitirse. La presencia casi simbólica del pensamiento oriental sirve, en cambio, para subrayar que el texto se restringe esencialmente al legado occidental.

En resumen, estamos ante un bravo y necesario intento integrador que se queda a medio camino entre el gran panorama y el tratamiento enciclopédico.

### **El siglo de Einstein**

Al siglo de Einstein se le suele adjudicar una imagen mucho más tétrica de la que le corresponde en justicia. Ciertamente nunca debe perderse de vista la magnitud sin precedentes de los desmanes que en él se han producido -entre otros, el holocausto, dos guerras mundiales y una fría- y sus ominosas sombras, pero conviene resaltar los logros, entre los que sin duda se incluye su legado filosófico y científico. En el siglo XX, el cohete de la gran filosofía europea fue perdiendo fuerza hasta detenerse y estallar en una plétora de postmodernas luminarias de artificio: Heidegger, Husserl, Bergson, Russell y Wittgenstein, junto a algunos otros, han representado el final de una estirpe. El ya mencionado Einstein, con Planck, Bohr, Schrödinger, Heisenberg y decenas de otros cambiaron nuestra concepción de la realidad física y del cosmos. Cajal, Dobzhansky, Watson y Crick y cientos de otros hurgaron en el milagro de la vida: origen, evolución, célula, consciencia. Personajes como Keynes, Lenin, Mao o Gandhi, ese “sedicioso faquir”, como le llamó Churchill, vieron sus ideas sometidas al fuego de “prueba y error” que supone su puesta en práctica, con los desiguales resultados que todos conocemos. En suma, podemos ser severos con el siglo recién extinguido, pero no olvidemos sus luces, ni tampoco a Atila y a la peste bubónica, entre una infinidad de tristes antecedentes.

---